


# Un lazo color lavanda

Heather Burch



TRADUCCIÓN DE JORDI CASTELLS

A stack of old, yellowed letters tied together with a purple ribbon. The letters are handwritten and some have red wax seals. The stack is resting on a surface with more handwritten letters.

amazon crossing

HEATHER BURCH

*Un lazo color  
lavanda*

*Traducción*

Jordi Castells

amazon crossing 

Título original: *One Lavender Ribbon*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2014

Edición en español publicada por:  
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl  
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg  
Abril, 2016

Copyright © Edición original 2014 por Heather Burch

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016 traducida por Jordi Castells

Imagen de cubierta © itanistock/Alamy Stock Photo  
Diseño de cubierta por Pepe *nymi*, Milano

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503933910

[www.apub.com](http://www.apub.com)

## ACERCA DE LA AUTORA

Heather Burch vive cerca de la playa, en el sur de Florida. Dedicada plenamente al oficio de escritora, publicó su primera novela en 2012, con la que obtuvo críticas favorables de *USA Today*, *Booklist Magazine*, *Romantic Times* y *Publishers Weekly*. Heather es la única mujer en su casa, por eso siente fascinación por las relaciones que se crean entre los hombres, especialmente entre los que son soldados. Su propósito en la vida es contar historias inolvidables sobre la guerra, el compromiso y la pérdida. Historias que hagan suspirar a tu corazón.

Otros libros escritos por la autora:

*Halflings*

*Guardian*

*Avenger*

*Querido John:*

*Soy escritora. Las palabras me dan vida y, sin embargo, ahora no encuentro las adecuadas para decirte cuánto te aprecio, te necesito y te amo. Si lo que escribo es bueno, es gracias a ti. Si mis palabras trascienden el papel en el que están impresas y alcanzan el corazón del lector, es porque tú has alcanzado el mío. Aunque viva mil años, seguiré sin encontrar las palabras para expresar lo que siento por ti.*

*Tu esposa,*

*Heather*

# Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

## Prólogo

### *En la actualidad*

Will se sentó en primera fila. No le hacía falta darse la vuelta para saber que la sala estaba llena. Un silencio incómodo llenaba el aire, provocado por la sensación inconfundible que crea una multitud apretujada que acude para rendir los últimos honores, unida por el dolor de la tensión compartida.

Echó un vistazo a sus dedos. Había enrollado el pequeño recordatorio, un gesto nada apropiado para un funeral. Will se tragó el nudo que tenía en la garganta. Los hombres no lloran. Pero eso no le preocupaba demasiado, estaba seguro de que podría mantener sus emociones a una distancia prudente y razonable.

Hasta que una pequeña mano se deslizó en su palma.

—Papi, ¿estás triste?

Dos grandes ojos oscuros parpadearon en una carita angelical con el ceño fruncido.

Eso lo desarmó.

Will se aclaró la garganta en un intento inútil por superponerse a ese arrebató de emoción que destruyó la poca compostura que aún quedaba en él.

—Sí, nena. Papi está triste.

El rostro de la niña reflejó aún más pena. Sus ojos se oscurecieron y se le llenaron de lágrimas.

—Entonces, yo también estoy triste.

Will se agachó y alzó a la niña en brazos. Ella intentó mirar dentro del ataúd, solo por un instante, luego se volvió y rodeó el cuello de su padre con los bracitos. Él la estrechó contra su cuerpo. De no ser por la persona difunta, ahora no tendría este tesoro. La música llenó la sala. La respiración entrecortada de la pequeña calentaba el cuello de su camisa.

—Papi —dijo en voz baja—, cuando lleguemos a casa, ¿volverás a contarme la historia de mamá?

Will contempló el rostro de la niña.

—Claro.

Le contaría la historia mil veces si ella quería. Porque su vida de verdad no empezó realmente hasta el día en que Adrienne Carter llamó a su puerta con un montón de cartas viejas.



## Capítulo 1

—Cartas —susurró Adrienne Carter mientras rozaba con los dedos el contenido de la pequeña caja abierta que llevaba en las manos.

Afuera se oían los truenos, que hacían vibrar la ventana del desván. La observó y luego alzó la vista hacia las vigas del techo, donde apenas unos minutos antes descansaba la caja. Adrienne se ajustó la linterna debajo del brazo y se agachó para recoger del suelo una vieja escoba —su arma preferida para defenderse de los ataques de arañas— que se había caído entre un baúl vacío y una pila de revistas viejas. Guiada por una luz tenue, Adrienne dejó la escoba apoyada en una esquina mientras apretaba la caja metálica contra su pecho. Allí había algo... especial. No tenía ninguna duda. La intriga casi hizo que se olvidara de cuál era su propósito al subir al desván: comprobar la caja de los fusibles. Si la luz no volvía pronto, lo intentaría más tarde; pero ahora aquellas cartas de un pasado lejano esperaban a ser leídas. Y eso era más importante que cualquier otra cosa.

La puerta del desván crujió cuando Adrienne usó todo el peso de su cuerpo para cerrarla. Las casas viejas no siempre obedecen reglas tan simples como que las puertas encajen en los marcos, esos mismos marcos que las han sostenido durante casi un siglo. Esta en concreto se hinchaba constantemente. Al poco de mudarse, había telefoneado a su padre para preguntarle al respecto, pero su única respuesta fue: «Las casas viejas respiran. Por la humedad y demás. En el invierno encajará mejor».

A saber qué significaba eso; los inviernos ni siquiera existen en el sur de Florida. También se lo consultó al encargado de la ferretería, quien únicamente le sugirió que contratara a alguien que limara los bordes del marco donde la puerta raspaba hasta que se viera la madera debajo del barniz. Contratar a alguien... Claro, necesitaba contratar a alguien que se encargara del millón de detalles que traía consigo una reforma.

Sus pasos sonaron al bajar las escaleras del desván, luego cuando cruzó el pasillo de la primera planta y, finalmente, cuando llegó a la planta baja de su nueva... casa vieja.

La luz de la linterna proyectaba sombras mientras Adrienne se desplazaba, primero iluminando y después dejando en penumbra los distintos proyectos de reforma en varias zonas de la casa, cada uno de ellos en su propia etapa de progreso. En cuanto terminara por lo menos uno de ellos, organizaría una fiesta. Claro está, si tuviese amigos. Que no tenía.

El haz de luz iluminó un objeto ominoso en una esquina, y Adrienne se quedó congelada en mitad de las escaleras. No era más que una sábana que cubría un sillón reclinable. Soltó el aire de los pulmones con un suspiro de alivio e inspeccionó la zona en busca de otros monstruos mientras acababa de orientarse. Ninguno.

Odiaba quedarse sin luz. Siempre sucedía en el peor momento posible, en medio de una tormenta eléctrica que hacía que los cristales de las ventanas traquetearan. Aunque en realidad su casa tenía mejor aspecto bajo la luz tenue de la linterna y las velas, que atenuaba las cicatrices de tantos años de vida.

Al llegar al final de las escaleras notó el olor acre de la pintura fresca. Empezaba a sudarle la palma de la mano que sostenía la pequeña caja metálica. El corazón de Adrienne latió con fuerza, y se dirigió con prisa al sillón para abrir la primera carta.

*Junio de 1944*

Querida Gracie:

Temo adónde pueda llevarme esta guerra. Me aterroriza esa oscuridad desconocida que ronda en la distancia y atrapa a los hombres; si bien no su cuerpo, sí sus corazones. Pensar en ti me ayuda a seguir adelante, me obliga a resistir la desesperanza que me amenaza. Antes de conocerte yo estaba vivo, pero me sentía vacío. Desde el momento en que te vi, no dudé ni un instante que tú eras todo lo que mi corazón había anhelado. Mi mente me lleva de vuelta hasta aquel día. Sara y tú estabais en el parque. Tu cabello dorado danzaba al ritmo del viento suave; el vestido blanco flotaba a tus pies, y el mundo cobraba vida al oír tu risa. Yo quería hablarte, pero no me atrevía. Quizá solo fueras el producto de mi imaginación y, si me acercaba a ti, desaparecerías como la niebla de una fría mañana. Observé cómo te alejabas y sentí que te llevabas mi corazón contigo. Esperé varios minutos, mirando el horizonte, esperando que volvieras a aparecer sobre la ladera, pero no regresaste.

Gracie, de todas las cosas que me han hecho sufrir, estar alejado de ti es el dolor más insoportable que he sentido. Pero quiero que sepas que sufriría mil días como este si pudiera pasar uno solo a tu lado. Ya llegará el día en que caminemos juntos por la costa, contemplando amaneceres y atardeceres. Pero estaremos juntos sin sombra alguna de deshonra. En tu última carta mencionaste que a tu madre le agradó mi decisión de unirme al ejército. Rezo por que así sea. Me niego a contrariarla. Sara y tu sois lo único que tiene, por supuesto que desea lo mejor para ti. Sé que te entristeció mi decisión, pero no tenía otra opción.

Regresaré junto a ti.

Y te prometo que cuando eso ocurra, tú y yo lo celebraremos eternamente. Celebraremos la vida y el amor, y nada nos separará jamás. Reza por mí, Gracie, y saluda de mi parte a Sara.

Siempre tuyo,

William

Un largo suspiro vació todo el aire de los pulmones de Adrienne. Dejó de apretar la carta mientras su mirada se perdía en un espacio oscuro en el pasillo. Incapaz de enfocar bien, observó la nada. Toda su energía se concentraba en sentir. «¿Qué puede sentir uno al recibir una carta como esta? ¿Que alguien te adore tanto que esté dispuesto a morir mil veces por pasar un solo día contigo?» No podía imaginárselo. El amor que había experimentado con Eric resultó ser un camino solitario, en su caso, y una dictadura egocéntrica, en el de él.

Le palpitaban las yemas de los dedos con los que sostenía la carta. Estas pulsiones enviaban sensaciones difíciles de calificar por todo su ser, tan potentes y extrañas que lo grababan acariciar las zonas más desesperadas de su corazón, y despertaban el deseo. Le permitían tener esperanza.

Le permitían soñar.

El destello de un rayo la sobresaltó. Varios fogonazos iluminaron la sala, como si una cámara gigante tomase fotos de Adrienne sosteniendo una carta tan íntima que hizo que se sintiera como una intrusa en su propio hogar. Adrienne apretó con fuerza la hoja de papel desteñida contra su pecho, intentando absorber todo su contenido. Con la otra mano tocó la caja metálica que seguramente había guardado esta carta durante más años de los que ella llevaba con vida. Más allá de la ventana, la tormenta continuaba su arremetida.

Se acercó el sobre a la cara para verlo mejor bajo la luz de la linterna. Por primera vez desde que había comprado

la deteriorada casa victoriana, se alegró de que la vieja instalación eléctrica fuera inestable. De no haber sido así, jamás hubiera encontrado las cartas.

Sin embargo, añadió algo más a su creciente lista: llamar a un electricista. Observó el sobre con detenimiento.

Los años lo habían desteñido un poco, pero aún podían leerse los nombres y las direcciones, y el matasellos era inconfundible. Mil novecientos cuarenta y cuatro. Debía de corresponder a la Segunda Guerra Mundial. Al leer la dirección, aguantó la respiración. Era su casa, el 722 de Hidden Beach Road. Debajo de la dirección aparecían los nombres: para Grace Chandler, de William Bryant.

El rugido del océano atrapó su atención por un instante. Permaneció inmóvil y escuchó el mar furioso mientras las hojas de las palmeras azotaban los muros de su casa. Adrienne dejó la caja en la mesa de centro y se acurrucó en el sofá.

¿Cuántas veces había subido al desván para accionar el interruptor sin darse cuenta del delicado paquete plateado situado encima de su cabeza, escondido entre las vigas del techo? De no ser por las habilidades ninja de Adrienne con su escoba contra las arañas, la caja seguiría ahí. Totalmente oculta a los ojos de cualquier intruso, con su contenido intacto: una antigua pluma estilográfica, una foto en blanco y negro, y, finalmente, la pila de cartas atadas por un lazo color lavanda deslucido.

Unas horas antes Adrienne casi se había dado por vencida con la electricidad quisquillosa y había decidido acostarse cuando las luces parpadearon, se apagaron y no volvieron a encenderse. Pero las lámparas de petróleo siempre dan valentía, así que se obligó a subir las escaleras chirriantes del desván ante la posibilidad de despertarse a las tres de la madrugada en una casa llena de fantasmas imaginarios y ruidos extraños. Ahora estaba contenta de haberlo hecho. Puede que al final se estuviera acostumbrando a su casa de principios del siglo xx. Y a estar sola. No lo había

pensado hasta que pasó la primera noche en su viejo y ruidoso hogar victoriano, pero el caso es que nunca había estado sola. Jamás. De la casa de sus padres en Missouri se había mudado a la universidad con una compañera de habitación. Fueron cuatro años de diversión, seguidos de casi seis años de tortura durante su matrimonio con Eric. Pero nunca había estado sola, hasta este momento.

Su vecina Sammie le había advertido de las violentas tormentas de Florida y le había aconsejado que comprara la lámpara, así como velas y linternas. Ah, sí tenía una amiga. Sammie. Pero ellas dos no bastaban para montar una fiesta. También estaba Ryan, el universitario que la había ayudado a trasladar los muebles. Habían cenado juntos y paseado por la playa un par de veces, pero Ryan no era lo que ella necesitaba. Unos años antes le habría resultado muy atractivo cualquier joven estudiante divertido, pero ya no. Aunque tuviera hecha la mayor parte de la reforma, para poder hacer una fiesta con sus dos amigos aún tendría que superar otros muchos obstáculos, como el de la sección de ofertas de un almacén de madera. Así que nada de fiestas de momento.

Tomó la lámpara de petróleo. La delicada llama danzaba en ondas parpadeantes que aumentaban de tamaño mientras Adrienne giraba la palanca. Las sombras se ocultaron en las esquinas de la sala de estar. Su sala de estar. En la casa que había comprado después de inspeccionarla cinco minutos. Sinceramente, cuando pensaba en ello le parecía una locura. Así que prefería no hacerlo. Un divorcio complicado puede alterar el sentido común de una persona. Y Adrienne había vivido los últimos meses en estado de alteración.

Sin embargo, estaba aprendiendo a apreciar la casa. O algo parecido. Empezaba a ser un hogar. Por lo menos, eso se repetía a sí misma. Aunque una cosa era segura: ahora la casa estaba en mucho mejor estado que cuando llegó de

Chicago y de inmediato hizo una oferta para comprarla, oferta que fue aceptada con la misma velocidad.

Adrienne tocó el extremo del lazo.

—Mucho gusto, Grace Chandler y William Bryant.

«¿Quiénes eran estos nombres sin rostro de las cartas? Grace había vivido en esta casa. Sara debía de ser su hermana. Habrían ocupado alguna de estas habitaciones cada una.» Cerró los ojos un instante, intentando escuchar voces del pasado. «¿Vivieron mucho tiempo aquí? ¿Regresó William de la guerra?» Ya bajo una luz más potente, sacó la fotografía de la caja. En ella vio a un apuesto y sonriente joven, vestido con un uniforme militar bien planchado, de pie junto a una niña. El dedo de Adrienne acarició el filo amarillento y dentado de la otra mitad. Alguien había roto esa parte de la foto. Le dio la vuelta y encontró la fecha, 1942, pero ningún nombre.

Él podía ser William. Pero, ¿y la niña? No podía ser Grace. La niña del vestido moteado era muy pequeña, varios años más joven que el chico.

Él era muy bien parecido, y lucía una sonrisa entusiasta que a su vez hacía sonreír a Adrienne. Su mirada penetrante la observaba fijamente desde la foto. En esos ojos danzaba un espíritu poético, similar al de la carta. Seguramente era William.

Después de apagar la lámpara, Adrienne se levantó y llevó la caja hasta la mesa de la cocina. La luz de la linterna que aún sostenía debajo del brazo alumbró una guía telefónica local —el pueblo era tan pequeño que aún las imprimían— cubierta de polvo y masilla. Sus dedos tamborilearon suavemente sobre la mesa, señal de que estaba planteándose hacer algo ridículo. William Bryant, veterano de la Segunda Guerra Mundial, ¿saldría en la guía, en el mismo pueblo y después de tantos años? No era probable. ¿Grace Chandler? No. Había pasado una eternidad, pero las palabras de la carta habían cobrado vida en las manos de